

## Amos Segala (1931-2016) In memoriam

---



**N**ada predisponía al joven Amos Segala a convertirse en el formidable mediador y promotor de la literatura latinoamericana del siglo XX que llegó a ser, primero, a través de la Fondazione Columbianum de Génova y, luego, con su tan reconocida Colección Archivos de París.

Nacido el 4 de septiembre de 1931 en la localidad de Bovolone, en la provincia italiana de Verona, obtuvo en los años cincuenta dos doctorados de la Universidad de Génova –uno en Letras Clásicas y otro en Ciencias Políticas– que orientaron su vocación hacia la filología clásica. Completó su formación cursando estudios esporádicos en Londres y Berlín.

Hijo de una familia “clase media tradicional”, que había atravesado los años de la guerra aparentemente sin demasiados sobresaltos, no solía Amos Segala explayarse en sus recuerdos de infancia; cuando lo hacía, asociaba sistemáticamente en sus reminiscencias a su hermana mayor, Luiggina, ángel solidario que le brindaría su apoyo, su sostén, su consuelo (y sus sonoras salvadas de críticas, reproches y consejos) en todas las aventuras profesionales y personales que entramaron su vida –en definitiva, único pilar sólido, estable y permanente en una vida de negociador oportunista y eficaz (aunque a veces ingenuo), enfrentado a los desengaños, traiciones y desenvolturas del ejercicio. Un recuerdo común recurrente eran los amables atardeceres estivales en las Arenas de Verona, cuando la familia Segala distraía las expectativas con un suculento pic-nic, antes de entregarse a los fervores trágicos y exaltados de los personajes de Verdi.

Trasladados a Génova, los Segala –católicos practicantes– se vincularían con algunos círculos eclesiásticos locales. De esta vinculación derivaría el giro definitivo que tomaría la vida profesional del recién laureado filólogo clásico.

A finales de los años cincuenta, Amos Segala entró en contacto con el padre Ángel Arpa, intelectual jesuita movido por los ideales progresistas que había revelado en la

iglesia la prédica de Juan XXIII y su Concilio Vaticano Segundo, gran promotor del cine neorrealista de posguerra, fundador del “Cineforum di Genova”, y que se había hecho conocer en los medios artísticos italianos cuando logró que la película de su amigo Federico Fellini, *Le notti di Cabiria*, escapara a la censura católica, organizando una proyección privada en el Arzobispado de Génova.

El Gobierno italiano había encargado al padre Arpa la creación de un organismo que estableciera lazos institucionales y personales con los representantes de la creación y la cultura de los países latinoamericanos (proyecto promovido, según las malas lenguas, por un grupo poderoso de empresarios italianos deseosos de penetrar los promisorios mercados regionales de la época). Esa institución sería la Fondazione Columbianum, que iniciaría sus actividades en Génova en 1959, siguiendo las recomendaciones y diagnósticos emanados de un encuentro que Arpa había promovido el año precedente –“*Mondo latinoamericano e responsabilità della cultura europea*”– en el que habían participado, entre otros, Roger Bastide, Jean Cassou, Víctor Raúl Haya de la Torre, Julio Macera Dall’Orse y Eugenio Montes.

Vislumbrando sin duda sus dotes diplomáticas, el padre Ángel Arpa le propuso al inexperto Amos Segala asumir la dirección, en el seno del Columbianum, de un “Centro Europa-América Latina” cuyo objetivo primordial sería el de *“ofrecer al público italiano (y europeo) un lugar privilegiado de consulta y de diálogo a través de una biblioteca y de una hemeroteca eficaces, una actividad editorial pionera y el recurso a modalidades de intervención extra-académicas, como el cine, la televisión y las artes plásticas”*.<sup>\*</sup> A los efectos de establecer una primera trama de vinculaciones con los medios intelectuales y artísticos latinoamericanos, la misión inaugural que le encomendó fue la de realizar una tournée continental destinada a movilizar a los representantes de estos medios alrededor del nuevo proyecto. En esta gira se pondría efectivamente de manifiesto la capacidad de observación y de persuasión del joven negociador.

Curiosamente, el primer destino del periplo sería la ciudad de La Habana (vía México), escenario sin duda caótico, insólito e inaprensible para el viajero, en esos enredados albores de la revolución castrista. Amos Segala fue alojado en el Obispado y cuando, en vísperas de dejar la isla donde había terminado su misión de promoción, consiguió una entrevista con el “líder máximo”, no dudó en advertirlo acerca de la prédica contrarrevolucionaria que organizaba el arzobispo capitalino (enfrentado en esto con su *ospite*, el obispo, que manifestaba una prudente simpatía por el nuevo régimen). Confiando en las perspicaces observaciones del italiano, Fidel Castro le hizo un encargo: que al final de su gira continental le elaborara un informe acerca de la apreciación que los círculos cultivados latinoamericanos hacían de la experiencia revolucionaria en la que estaba embarcando a Cuba. Amos Segala cumplió con este cometido y, como retribución, recibió durante años en sus domicilios europeos una caja de habanos cada 31 de diciembre.

De regreso en Génova, el director del “Centro Europa-América Latina”, se lanzaría a la realización del ambicioso programa que había diseñado. Junto con actividades de corte convencional (como los ciclos de conferencias de Mariano Picón Salas, Germán Arciniegas y Leopoldo Zea, o la publicación de una colección de libros de iniciación a la cultura iberoamericana del siglo XX) y de dos iniciativas excepcionales como fueron la muestra de arte mexicano organizada por Fernando Gamboa (muestra que

André Malraux había llevado a Europa) en el Palazzo delle Esposizioni de Roma o la exposición de pinturas y esculturas latinoamericanas contemporáneas, en el marco del Festival de Spoleto –en el que se presentaron por primera vez 372 obras de artistas como Roberto Matta, Antonio Berni, Wifredo Lam, Roca Rey o Ronaldo De Juan–, Amos Segala promovería una experiencia inédita en Europa: la organización de seis festivales de cine latinoamericano (Santa Margherite, en 1960, 1961 y 1962; Sestri Levante, en 1963 y 1964, y Génova, en 1965), que introdujeron en el Viejo Mundo las producciones del cine argentino de la época, del Cinema-Novo brasileño o del recién fundado ICAIC cubano, contaron con la presencia de directores como Glauber Rocha, Fernando Birri, Nelson Pereira dos Santos, Tomás Gutiérrez Alea, y con jurados internacionales en los que participaron Fellini, Rossellini, Varda, Bertolucci, Langlois, Salles Gomes, Fulchignoni y Morín.

En ese marco tendría lugar el segundo encuentro decisivo en la vida profesional de Amos Segala.

\*\*\*

En 1962, en Buenos Aires, tras la destitución del presidente Arturo Frondizi, el nuevo régimen había encarcelado al escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias, radicado en la capital argentina desde mediados de los años 50, a la que había llegado en carácter de exiliado como consecuencia del golpe de Estado de Castillo Armas en su patria. Puesto en libertad y adoleciendo de una enfermedad de los riñones, Asturias viajó a París con su esposa argentina, Blanca, con la intención de seguir camino hasta Rumania, donde su dolencia sería tratada en una institución especializada.

Enterado de estas peripecias, Amos Segala lo invitó al festival de cine latinoamericano de 1963, para participar en una mesa de escritores que deliberaría sobre las relaciones entre cine y literatura, y que compartiría con Julio Cortázar, Miguel Otero Silva, Mariano Picón Salas, Jorge Amado y Héctor A. Murena, entre otros.

Dada la precaria situación económica en la que se encontraba la pareja, el Columbianum, a través de Amos Segala, tomó contacto con varias universidades italianas para organizar un ciclo de cursos que le permitiera sobrevivir durante un tiempo en el país. Nueve universidades aceptaron la propuesta, gracias a lo cual Asturias pudo contar con un trabajo retribuido hasta el año siguiente.

Terminado el periplo, Miguel Ángel Asturias se radicaría en Génova para asumir, en estrecha colaboración con Segala, funciones de asesoría permanente en el seno del Columbianum. El resultado de esta colaboración –además de afianzar una amistad que sería indefectible– fue la realización de un congreso monumental, en 1965 – el “Congreso para la fundación de la revista *América Latina* del Columbianum”- en el que participaron decenas de personalidades entre las más representativas del pensamiento y la creación latinoamericana y latinoamericanista del momento, de Ciro Alegría a José M. Arguedas, de Juan Rulfo a Carlos Pellicer, de Roger Caillois a Ernesto Sábato, de Claude Couffon a João Guimarães Rosa, de Augusto Roa Bastos a Ángel Rama, de Roberto Fernández Retamar a Gonzalo Losada...

Este congreso marcaría uno de los momentos más importantes de la presencia de la cultura latinoamericana en Europa (en su marco se fundaría la “Comunidad Latinoamericana de Escritores”, presidida por Carlos Pellicer) y, al mismo tiempo, el derrumbe del

Columbianum. Las enérgicas presiones del recién instalado gobierno militar brasileño de Castelo Branco ante las autoridades italianas (indignado por el premio que había sido otorgado durante la manifestación a la película *Vidas secas* de Nelson Pereira dos Santos), los resquemores oficiales que había suscitado la masiva presencia de la delegación cubana en el Congreso, las declaraciones del embajador venezolano Juan Oropesa, que había acusado al Columbianum en *El Nacional* de Caracas de estar “con un pie en la muy pía Compañía de Jesús y otro en la calle Botteghe Oscure, sede del P. C. Italiano”, llevaron al gobierno italiano, dirigido en ese entonces por *“la derecha demócrata-cristiana más retrógrada”*, no solamente a anular el financiamiento prometido al Columbianum para el oneroso congreso, sino, lisa y llanamente, a interrumpir todas sus subvenciones a la institución.

El fundador del Columbianum, Ángel Arpa, pasó a ser considerado como un peligroso agitador político, promotor de las izquierdas latinoamericanas, por los círculos del poder italiano.

*“La situación del Columbianum se precipitó cuando el Padre Arpa aceptó la ayuda de unos banqueros que luego se la reclamaron duplicada, y lograron mandarlo a la cárcel acusándolo de bancarrota fraudulenta. Esos banqueros eran los mismos que desaparecerían diez años más tarde en la macabra operación de Black Friars fraguada por turbios personajes vinculados a la mafia norteamericana, a los ambientes cubanos de Miami y a los financieros corruptos de la Curia romana. [...] El Padre Arpa fue expulsado de la Compañía de Jesús y luego, a raíz de un examen de su complejo dossier provocado por una petición de artistas e intelectuales de Italia, Europa y América Latina, enérgicamente guiados por Federico Fellini, fue reintegrado en la misma y se le presentaron las excusas de la Curia romana y del Gobierno italiano”.*

\*\*\*

El desmoronamiento del Columbianum coincidió con un notable cambio de signo en la existencia de Miguel Ángel Asturias: su renombre internacional se confirmó y se consolidó con la atribución, primero, del Premio Lenin de la Paz en Moscú (1966), y luego con el Premio Nobel de Literatura en 1967. Un año antes, tras la asunción, en elecciones libres, a la presidencia de Guatemala de Julio César Méndez Montenegro, Asturias había sido nombrado embajador en Francia.

Amos Segala, que había debido radicarse en Roma luego del escándalo del Columbianum –cuyas repercusiones habían afectado gravemente su salud– recibió en 1967 la visita de su ahora célebre amigo. Asturias le propondría en esa ocasión que se mudara a París, para convertirse en su colaborador intelectual más directo.

En 1968, Amos Segala se instaló en la Embajada de Guatemala, para secundar a Miguel Ángel Asturias en dos proyectos creativos: un estudio sobre Velázquez y un guión de cine sobre Benito Juárez, encomendado por una productora de Roma, que se publicaría años después en México. Paralelamente, Segala retomó las relaciones que había entablado con los círculos culturales africanos y africanistas que habían participado en manifestaciones del Columbianum, para colaborar desde París en la organización de una Semana de la Cultura y del Arte senegalés en la República de San Marino, lo que le permitió promover un encuentro entre Miguel Ángel Asturias y el presidente Léopold Sedar Senghor. Una relación estrecha se establecería entre ambos escritores. Como

primer corolario de la misma, Asturias y Segala se instalaron durante seis semanas en Dakar, en 1970, para preparar la publicación de los *Poemi africani* de Senghor, que serían editados por Rizzoli en Milán.

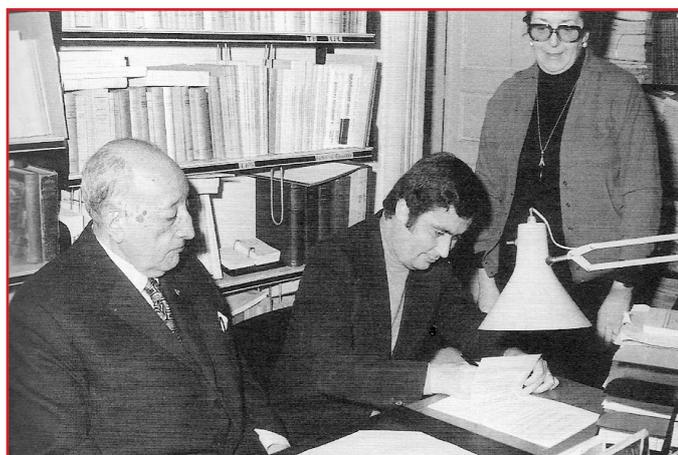
Como segundo corolario, detectando en los componentes de las corrientes con que de alguna forma eran identificados los dos creadores –el “indigenismo” y la “negritud” – rasgos comunes que los vinculaban estrechamente, Amos Segala decidió organizar un gran coloquio en Dakar, con los representantes más destacados de ambas escuelas. Desde el hospital parisino donde estaba internado desde hacía un tiempo, en diálisis y en espera de un hipotético riñón que le pudiera ser trasplantado y le salvara la vida (su hermana Luiggina le había ofrendado uno suyo pero el injerto había fracasado), Segala contribuyó a poner en marcha la organización del evento, recibió *in extremis* el órgano requerido –un accidente de la ruta en el que había muerto un joven conductor así lo permitió–, y abandonó clandestinamente el hospital para trasladarse a la capital senegalesa y asistir a la inauguración del Congreso Negritud e Indigenismo, en enero de 1974.

\*\*\*

Pero sería otra iniciativa, emprendida tres años antes, la que tendría un desenlace decisivo, pues marcaría un nuevo rumbo en el itinerario profesional de Amos Segala.

Miguel Ángel Asturias, consciente de la importancia que había adquirido su obra literaria, en el marco latinoamericano y universal, pero también de la fragilidad de su posición intelectual, cuestionado por las jóvenes generaciones –en particular, por sus responsabilidades diplomáticas–, en el convulso contexto histórico continental de la época, había manifestado su intención de hacer público el único testimonio que podía confirmar la coherencia y la honestidad de su recorrido intelectual y creativo: la masa imponente de sus archivos manuscritos.

Desde la Universidad de París X-Nanterre donde había conseguido un puesto de profesor, Amos Segala promovió la fundación de una “Asociación de Amigos de Miguel Ángel Asturias”, en 1971 –de la cual Léopold Sedar Senghor fue durante diez



años su presidente efectivo–, encargada de gestionar la donación y la puesta en valor de este legado. En tanto que secretario general y coordinador de la asociación, Segala allanaría el camino para la donación del archivo Asturias a la Biblioteca Nacional de Francia (formalizada en Madrid, en 1974) y para cumplir con la exigencia que había antepuesto el escritor: que la donación diera lugar a un operativo de estudio y edición crítica de su obra a partir de los documentos legados.

*“No se trató desde un principio de una edición cualquiera, ni comercial ni de divulgación, sino de un taller empeñado a establecer definitivamente el corpus textual asturiano, sus cronologías de producción y de publicación, convocar las voces guatemaltecas, latinoamericanas y europeas que la habían contradictoriamente juzgado. Asturias quiso así, contestar a la nueva*

*historiografía literaria vinculada al boom y a sectores (y sectarios) ideológicos, ofreciendo públicamente los instrumentos de la respuesta”.*

Para la realización de este proyecto editorial, el Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia (CNRS) accedió a crear un laboratorio en la Universidad de París X-Nanterre, puesto bajo la dirección de Amos Segala y dotado de un Consejo Científico Internacional integrado, entre otros, por Arturo Uslar Pietri, Arthur Lundkvist, Dámaso Alonso, Giuseppe Bellini, Gerald Martin y Mario Vargas Llosa.

Entre 1977 y 1981 se publicaron las ediciones críticas de cuatro obras mayores de Miguel Ángel Asturias (*El Señor Presidente*, *Hombres de maíz*, *Viernes de Dolores* y *Tres de cuatro soles*), a cargo de equipos de investigadores venidos de horizontes geográficos y de círculos disciplinarios y teóricos diversos. Los cuatro libros fueron publicados en coedición por la editorial parisiense Klincksieck – *“el más tradicional santuario de las ediciones críticas grecolatinas y de francés clásico”*– y el Fondo de Cultura Económica mexicano.

Sin embargo, a partir de la muerte del escritor guatemalteco en 1974, su viuda había desatado una campaña de gran hostilidad al proyecto editorial, al mismo tiempo que desestimaba los acuerdos firmados con la Biblioteca Nacional de Francia, vendiendo, duplicando e interviniendo en secuencias del archivo que todavía no habían sido depositados en el Departamento de Manuscritos de la institución parisina.

Esta actitud creó obstáculos infranqueables y un desaliento generalizado en los responsables del proyecto.

Como en otras ocasiones, Amos Segala hizo propicia esta situación desfavorable para superarla “por elevación”, aprovechando las enseñanzas que la misma había dispensado para concebir y poner en marcha un programa editorial mucho más abarcador.

*“El caso Asturias nos reveló sin reparos que estábamos trabajando en un caso de figure –quizás el más escandaloso y emblemático– de una disfunción de la sociedad y de la historiografía literaria latinoamericana y que, a partir de este caso límite se podía –se debía– emprender una acción de revisión que incluyera, junto con el problema de los archivos de los escritores (su acceso, su estudio y su publicación), el de una correlación sistemática y abierta entre las propuestas críticas, coincidentes o disidentes, de todas las provincias del iberismo mundial”.*

\*\*\*

En mayo de 1983, Amos Segala logró reunir el CNRS de Francia, el Consiglio Nazionale delle Ricerche (CNR) de Italia y la UNESCO en la convocatoria de un coloquio internacional titulado “Literatura y pensamiento contemporáneo en América Latina y el Caribe: conservación, difusión y edición crítica de los manuscritos”, que invitó a un nutrido grupo de especialistas de América Latina, Europa y Estados Unidos a discutir los criterios metodológicos, la elección de los autores y los objetivos críticos generales de una nueva colección, que se decidió denominar “Archivos”.

Se trataba de crear un colección de ediciones críticas, que reuniera las obras fundamentales de la literatura latinoamericana contemporánea, congregando los especialistas del mundo entero alrededor de un programa de investigaciones original, capaz de promover un diálogo multipolar entre idiomas, nacionalidades, escuelas, disciplinas y tradiciones críticas.

Un año después, Amos Segala organizaba en la Biblioteca Nacional de Francia un seminario titulado “Metodología y práctica de la edición crítica de textos literarios contemporáneos”, en el cual el filólogo italiano Giuseppe Tavani sentaría las bases técnicas y científicas que sostendrían el futuro programa editorial, ampliadas con otras ramificaciones del estudio y la edición de manuscritos que estaban prosperando en Francia, puntualizadas en las intervenciones de Louis Hay y Jean Louis Lebrave, dos eminentes representantes del Instituto de Textos y Manuscritos Modernos (ITEM), institución promotora de las nuevas corrientes de la “crítica genética” francesa.

*“Dos aportaciones mayores orientaron el nuevo programa: por una parte, la práctica operativa de un filólogo –Giuseppe Tavani– que obró durante cuarenta años en la intersección de las escuelas española, catalana, gallega, italiana y portuguesa, y produjo ediciones donde todas esas lecciones sectoriales confluían en un discurso generalizador de sutiles y diversos enriquecimientos prácticos; por otra, las enseñanzas, que rápidamente extrapolamos y adoptamos, de la nueva escuela de crítica genética fundada por Louis Hay, que sigue dándonos luces, enfoques y modos d’emploi de reconocida utilidad”.*

Finalmente, poniendo en marcha la férrea red de relaciones y amistades que había logrado convocar a su alrededor desde los lejanos años del Colombianum, Segala logró, primero, que el CNRS de Francia asociara a su equivalente italiano (el CNR) en la dirección de las operaciones destinadas a lanzar la colección y, segundo, que los gobiernos de Argentina, Brasil, Colombia y México, así como los de España y Portugal, hicieran conocer su disponibilidad para discutir el proyecto y nombraran a responsables de organismos nacionales –culturales o de investigación– para participar en la organización del lanzamiento. Léopold Sedar Senghor, que había brindado desde el comienzo su apoyo político y diplomático a la iniciativa, aceptó la invitación que le dirigió el entonces presidente de la República Argentina, Raúl Alfonsín, junto a todos los representantes de los países que se disponían a colaborar con el proyecto Archivos, de modo que el 28 de septiembre de 1984, reunidos en Buenos Aires, los delegados de los ocho países europeos y latinoamericanos redactaron y firmaron el *Acuerdo de Investigaciones y Coedición “Archivos”*.

Este acuerdo promovía la edición crítica de ciento diez títulos, considerados como los más importantes o los más representativos de las literaturas escritas en el continente latinoamericano durante el siglo XX. Estas ediciones cubrirían las cuatro áreas lingüísticas de la región (hispano y lusohablantes, francófona y anglófona) y en todos los casos se harían en lengua original.

Una serie de coloquios y seminarios siguió delineando los rasgos distintivos de la futura colección –reuniendo a los especialistas que preparaban las primeras ediciones críticas (Oporto, 1986) o a los directores de veinte Bibliotecas Nacionales de Europa, América y Asia (París, 1987) –, hasta que, en 1988, Archivos sacó a la luz, simultáneamente, los doce primeros volúmenes de su colección. En septiembre de ese año, los representantes de los organismos que habían firmado el Acuerdo Archivos conformaron un Comité de Signatarios y, por iniciativa del CNR, se reunieron en Roma para evaluar los primeros resultados del programa editorial y renovar el acuerdo por cinco años más.

Cuando en el año 1989 Amos Segala me invitó (gracias a la intermediación de quien había sido mi director de tesis, el Profesor Paul Verdevoye) a secundarlo en la realización del Programa Archivos, descubrí que esta desmesurada empresa editorial se reducía, en lo material, a dos modestas oficinas cedidas por la Universidad de París X-Nanterre, y en lo humano, a su director y a una tímida secretaria italiana. Desde ese minúsculo centro, se despachaban diariamente decenas de cartas, fax, llamadas telefónicas, a través de las cuales se intentaba forzar la marcha de un emprendimiento que, en mayor o menor medida, movilizaba varios cientos de personas, a lo largo y a lo ancho de dos continentes. Amos Segala coordinaba la preparación de los futuros volúmenes, evaluaba las propuestas editoriales que llovían sobre Nanterre, reclamaba ante los organismos signatarios el cumplimiento de los compromisos financieros, negociaba ayudas y apoyos excepcionales, promovía por todos los medios las cualidades y alcances de su proyecto, seguía las vicisitudes de la distribución de los libros en América y Europa, trataba con los talleres de fotocomposición e imprentas de España y Francia, seducía a los directivos de su banco, solicitando descubiertos vertiginosos y prometiendo miríficas partidas provenientes de lejanas comarcas latinoamericanas. Todo esto, haciendo resonar su voz por los pasillos de la extrañada Universidad con sus arias de ópera predilectas o compartiendo sus penas de amor o de finanzas por teléfono, en italiano, con la puerta de la oficina abierta, con su hermana radicada en Roma.

Entre dos giras por América Latina, en las que debía desplegar su mejor abanico de procedimientos seductores y diplomáticos en la obsesiva misión de hacer pagar su contribución a los olvidadizos organismos signatarios, y de las que volvía cargado de regalos para todos sus amigos, colaboradores y conocidos, y agendas llenas de nuevos proyectos editoriales, Segala no cesaba de promover encuentros científicos o de crear ramificaciones que enriquecieran y consolidaran su programa editorial.

Con la integración de Sylvie Josserand, en 1991, a las oficinas de Nanterre, como responsable de la preparación de los tomos brasileños, el “equipo Archivos”, como se lo denominaba en ese entonces (y que se asemejaba, más bien, a una minúscula célula familiar monoparental) había encontrado su *modus operandi* y una velocidad de cruce más que satisfactoria, dada la austeridad de medios en la que desenvolvía sus actividades.

La publicación de los tomos se mantuvo durante todo ese periodo a un ritmo de dos o tres títulos por año.

A través de prolongadas gestiones políticas, Amos Segala logró la creación de dos centros en Europa, destinados a respaldar a la dirección general del Programa Archivos: el CSIC español abrió una oficina en Madrid, con la finalidad de coordinar las operaciones de producción de los libros (fotocomposición, corrección de pruebas, impresión) y el CNRS, asociado con el centro de estudios latinoamericanos de la Universidad de Poitiers, que animaba el Profesor Alain Sicard, creó un nuevo laboratorio en Francia – el Centro de Investigaciones Latinoamericanas-Archivos (CRLA)- para contribuir a la coordinación científica y editorial del programa.

En diciembre de 1993, Amos Segala convocó a los Signatarios, que volvieron a reunirse en París y decidieron, en atención a los resultados alcanzados (28 títulos de doce países publicados hasta ese entonces), renovar nuevamente la colaboración científica, técnica y financiera definida en 1984. En esa reunión, además de la ampliación del programa editorial iberoamericano, se decidió abrir la Colección Archivos, en cumplimiento

con sus postulados de origen, a los autores de lengua francesa e inglesa del Caribe. Como consecuencia de esta decisión, la *Agence Universitaire pour la Francophonie* adhirió al Consejo de Signatarios para apoyar financieramente la edición de autores francófonos. El primer fruto de esta adhesión fue la publicación de las obras completas del escritor haitiano Jacques Roumain.

Dos años después, el director de Archivos firmaba con Ediciones Unesco, University of Pittsburgh Press y Editions Stock sendos contratos de coedición para publicar la traducción en inglés y en francés de los textos literarios establecidos por la Colección Archivos en sus ediciones críticas.

Paralelamente, sin duda presintiendo el salto fenomenal que las entonces nuevas tecnologías informáticas abrirían para la edición de archivos literarios, Amos Segala convenció a los directivos de la Dirección General de Servicios de Cómputo Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México de asociarse con la Colección Archivos para la realización conjunta de una serie de prototipos de edición electrónica, iniciativa que desembocaría en el año 2000, en la publicación de la edición crítica de *El beso de la mujer araña*, del novelista argentino Manuel Puig, libro impreso que venía acompañado por primera vez de un “CD-Rom hipermedia” que reproducía y organizaba secuencias importantes del archivo de la obra y de sus contextos de producción, y abriría una vía que transitarían con distintas modalidades técnicas los volúmenes de la colección hasta la actualidad.

Al mismo tiempo, una sucesión ininterrumpida de reuniones y encuentros (París, Madrid, Bruselas) siguió convocando a investigadores y dirigentes culturales, buscando siempre ampliar las sendas de la realización, la comunicación y la difusión de las ediciones Archivos.

\*\*\*

Pero los tiempos se iban volviendo difíciles. Un emprendimiento editorial como el de Archivos, identificado oficialmente como una colección “tradicional” de ediciones críticas, costosa y especializada, despertaba cada vez menos el interés de los círculos y de las instituciones culturales que lo financiaban, en esos inicios de un milenio con los ojos puestos en otros horizontes más vistosos y rentables. Las subvenciones se rarificaron, los incumplimientos se multiplicaron, y el Programa Archivos debió afrontar tormentas económicas cada vez más violentas.

Por ese entonces, la salud declinante de Segala reducía sus energías y minaba un optimismo que había sido su mejor arma hasta ese momento. Inmovilizado por innumerables enredos financieros e institucionales, exhausto y deprimido, Amos Segala decidió dejar la dirección de la Colección Archivos. Luego de muchos titubeos y tergiversaciones la cedió al CRLA-Archivos de Poitiers, y se mudó definitivamente al domicilio romano que compartía con Luiggina.

En febrero del año 2016, Amos Segala murió, pocos meses después del fallecimiento de su hermana.

El Centro de Investigaciones Latinoamericanas de la Universidad de Poitiers sigue llevando adelante el programa de ediciones críticas Archivos y acaba de publicar, en este año 2018, el tomo n° 68 de la colección *-iÉcue-Yamba-Ó!* de Alejo Carpentier- y el tercer volumen de una serie paralela dedicada al estudio de un documento o un segmento de

la génesis de una obra (“Los Cuadernos de la Colección Archivos”) manteniendo así, en condiciones totalmente diferentes a las de su origen, una empresa utópica y descomunal –sin duda la más ambiciosa que haya generado el mundo editorial latinoamericano– que sigue produciendo textos y conocimientos gracias al formidable impulso que le supo dar su creador.

FERNANDO COLLA



---

\* Las citas de Amos Segala han sido tomadas de: “Mi amistad con Asturias”, en: *1899/1999. Vida, obra y herencia de Miguel Ángel Asturias*, París, ALLCA XX, 1999 y “Archivos. Historia de una utopía bien real”, en: Miguel Ángel Asturias, *El Árbol de la cruz* (ed. Aline Janquart y Amos Segala), París/Madrid, Colección Archivos (vol. 24), 1993.